

HISTORIA Y GÉNERO EN MÉXICO. EN DEFENSA DE LA TEORÍA

Frida Gorbach*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, XOCHIMILCO

El propósito del artículo es reflexionar alrededor de la relación género/historia. Pero más que discutir teóricamente la formación de la disciplina histórica o el surgimiento del género como perspectiva de análisis, se trata de analizar la manera cómo esa relación se ha dado en México, un lugar situado históricamente. Desde el análisis de la influencia que los estudios culturales y los estudios de género, sobre todo los estadounidenses, han tenido en la historiografía mexicana, me pregunto ¿cómo es que nos hemos reapropiado de los desarrollos teóricos producidos en el centro?, o de otra manera: ¿acaso esos nuevos desarrollos han servido para formular cuestiones pertinentes a nuestra situación particular? Al final insisto en la necesidad de volver a la teoría para interrogarnos por lo que estamos haciendo, por el tipo de discurso que utilizamos, por los conceptos de que nos valemos y por el compromiso político que defendemos; y ello en un intento por pensar otras formas de escritura de la historia.

(Historia, género, teoría, lo local)

Este texto intenta explorar la relación entre historia y el género: de la historia como disciplina y del género como perspectiva de análisis, suponiendo que ninguno de esos dos saberes puede permanecer indiferente al otro. Por un lado, la categoría de género le recuerda a la historia que todo relato está atravesado por la relación dominantes/dominados, y por el otro,

* fgorbach@yahoo.com.mx

la historia le hace ver al género que “la mujer” como categoría universal, como entelequia, como abstracción ubicada fuera del tiempo, no existe. Mutuamente se recuerdan su apego a la singularidad y a la consecuente imposibilidad de pensar las cosas fuera de un contexto determinado. En una mirada recíproca, tanto los estudios de género como la historia disciplinar están obligados a poner en situación cada concepto y a especificar en cada caso las formas concretas que adquieren ciertas prácticas y ciertas relaciones de poder y dominación.

Así, el objetivo de este texto era en principio mostrar la forma cómo la historia y el género se interpelan. Aunque después hubo que reconocer que ambos saberes pueden permanecer indiferentes, ajenos al principio de historicidad por el cual la naturaleza y el ser mismo de los seres humanos está siempre en devenir, portando las marcas de la finitud y el cambio incesante¹. En el caso de una ausencia de interpelación, sucede que la Historia borra el rastro de toda subalteridad y se escribe con mayúscula, mientras el género se estructura en función de la historia de la Mujer, escrita también con mayúscula. Entre estas dos posibilidades se mueve la relación entre historia y género, pero lo que aquí me interesa no es tanto discutir teóricamente acerca de la formación de las disciplinas como plantear una pregunta sobre México, es decir, sobre la manera cómo se ha dado, en esta situación particular, la relación entre la historiografía y los estudios de género.

Así fue como una cosa fue llevando a la otra. El reconocimiento inicial de un malestar institucional me condujo a la reflexión en torno a la relación género/historia a partir de la influencia que los estudios culturales y los estudios de género, sobre todo los estadounidenses, han tenido en la historiografía mexicana. Y esa influencia, a su vez, me llevó a pensar la noción de “lo local”, de aquello que nos distingue de los demás y que refiere a una situación histórica determinada,

¹ Al respecto véase entre otros a Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1986, 334-375; y Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004. Traducción en introducción de Antonio Gómez Ramos.

y al final, como una respuesta a ese malestar inicial, este texto salió en defensa de la teoría. Alrededor de una pregunta se fue tejiendo la reflexión: ¿de qué manera nos hemos reapropiado de los desarrollos teóricos producidos en los países centrales?

Es así como en un primer apartado me acerco a la historia desde el impacto que los estudios culturales han tenido en la historiografía mexicana de los últimos años, y después, en otro, abordo los estudios de género desde el estatus que en México han tenido los estudios históricos de la mujer. En ambos casos, el propósito es acercarse a la manera cómo nuestras instituciones se han abierto a los nuevos desarrollos teóricos y el sentido que esa apertura ha tenido. Por último, dedico un tercer apartado a los estudios poscoloniales en un intento por pensar desde otro lugar la relación entre la historiografía mexicana y los estudios de género. Retomando el problema de lo local y el principio de que no hay historia que no sea situada, me pregunto cómo, desde determinadas circunstancias, bajo ciertas relaciones de poder, es posible superar las historias particulares para plantear una pregunta más amplia relacionada con la naturaleza del conocimiento humano. En el fondo se trata de una pregunta por la relación entre lo general y lo particular, entre los postulados teóricos y epistemológicos y nuestras historias particulares, y todo en un intento por pensar otras formas de escritura de la historia.

LA TEORÍA Y LA HISTORIA

Para empezar a decir algo sobre la disciplina de la historia me gustaría describir un malestar que de seguro es compartido. Aunque no es fácil hacerlo cuando se pretende esquivar la pregunta por sus causas, ya que ello obligaría a hablar del desarrollo de la disciplina histórica, de lo que sucede hoy en México, de cierta situación profesional y hasta personal, y de las reglas de funcionamiento y organización de la institución historiográfica mexicana. Implicaría, así, plantearse el problema en términos de la relación que mantienen los saberes disciplinarios y nuestras instituciones universitarias, a fin de saber cómo los saberes estructuran la forma de las instituciones o cómo la organiza-

ción de las instituciones estructura el saber disciplinario. Pero ello rebasa con mucho los límites de este trabajo.

Pero si de describir el malestar se trata, una buena manera de comenzar podría ser repitiendo lo dicho por la historiadora norteamericana Lynn Hunt en un artículo de los años ochenta donde presenta un panorama general de la historiografía de su país: la historia, dice, es uno de esos campos donde incluso aquellos interesados en las nuevas discusiones pueden seguir escribiendo de forma perfectamente tradicional. A esa conclusión llega después de recorrer los distintos momentos por los cuales la disciplina ha pasado a partir de los años sesenta: primero, la sociología y el marxismo; después la antropología geertziana y su interés en la interpretación y; finalmente, los estudios culturales y su acento en los modelos discursivos y textuales. Todos esos momentos, escribe, han sido intentos de una apertura que sin embargo ha tenido un impacto muy menor sobre la forma de escribir historia.²

Es cierto que el texto de Hunt refiere a la situación de la historiografía norteamericana de los ochenta, pero de todas maneras sus palabras resuenan hoy en México casi veinte años después de que emitiera ese diagnóstico. Aquí también, luego del marxismo de los años setenta, han existido intentos de apertura, sólo que es difícil medir su impacto. Por ejemplo, según José Manuel Valenzuela, editor del libro *Los estudios culturales en México*, estos estudios, tan en boga en los Estados Unidos y tan citados en México, no forman parte de la discusión académica actual aunque existen como parte integral de una fuerte tradición nacional de crónica, ensayo y literatura: “Como se apreciará en los trabajos de este libro, en México y en América Latina existe una rica tradición de estudios culturales que no forma parte de la discusión académica, ni corresponde a la perspectiva de los *cultural studies*”.³ Como si lo impulsara la urgencia por reafirmar la propiedad

² Lynn Hunt. “History beyond Social Theory” en David Carroll (ed.), *The States of Theory*, Stanford, Stanford University Press, 1994, 95-111. Véase también Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989.

³ Juan Manuel Valenzuela Arce, “Presentación”, en Juan Manuel Valenzuela (coord.), *Los estudios culturales en México*, México, CONACULTA y FCE, 2003, 14.

de una tradición, Valenzuela no duda en incluir dentro de ella a Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, fray Bernardino de Sahagún, Francisco Javier Clavijero, José María Luis Mora, etcétera. De cualquier manera, el caso es que muchos coinciden en reconocer que a México los nuevos estudios culturales han entrado a cuentagotas. El mismo Néstor García Canclini, considerado por la academia norteamericana como “el mejor conocido de los exponentes de los (que ahora se llaman) estudios culturales latinoamericanos”,⁴ reconoce que su influencia en México ha sido todavía más escasa en el campo de las humanidades que en el de las ciencias sociales.⁵

Tomo el caso de los estudios culturales no porque considere indispensable incluir esa perspectiva en nuestras historias, sino porque me intriga lo difícil que nos resulta incorporar los nuevos desarrollos teóricos. Y esa dificultad, me parece, tiene relación con el síntoma que Hunt detecta para la historiografía norteamericana. También la historiografía mexicana se ha resistido a la teoría, desde sus inicios, cuando en la década de los cuarenta comenzó su profesionalización. Desde entonces, el interés puesto en la construcción de una ciencia de la historia llevó a dejar de lado toda interpretación, cualquier acto subjetivo y cualquier interrogación acerca del presente. Por encima de todo importaba garantizar la verdad de lo acontecido haciendo que el pasado existiera como evidencia.⁶ Diría incluso que si por algo se ha caracterizado la institución historiográfica mexicana es precisamente por un doble borramiento, el de la reflexión teórica, epistemológica y metodológica, y el del sujeto como lugar de producción del texto histórico.

Resulta entonces que el malestar del cual hablaba al inicio tiene relación con la sensación de que desde entonces no nos hemos movi-

⁴ George Yúdice, “Tradiciones comparativas de estudios culturales: América Latina y los Estados Unidos, en *Alteridades*, México, UAM-I, núm. 5, 1993, 4. Traducción de José Hernández Prado.

⁵ Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo, 1995, “El diálogo norte-sur en los estudios culturales” (Introducción a la edición en inglés), pp. 13-28.

⁶ Al respecto véase el trabajo de Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Un aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

do de lugar, que en nuestras universidades e institutos seguimos escribiendo dentro de los marcos de una historia perfectamente convencional. No dejo de reconocer los avances recientes, el cambio que ha significado el paso de una historiografía cuyo objeto central era la historia política a otra interesada en el estudio de las relaciones de poder, la vida cotidiana y los procesos identitarios. Es cierto que bajo la influencia de los estudios culturales se han ampliado los temas, pero no estoy segura de que esa influencia haya propiciando un verdadero diálogo interdisciplinario y menos que haya conseguido modificar la forma de escribir historia.

Me parece que seguimos escribiendo de forma perfectamente tradicional, aferrados a la verdad empírica, creyendo que la historia se define a sí misma en función exclusiva de la evidencia documental. Sin siquiera cuestionárnoslo, buena parte de los historiadores repetimos las líneas de una tradición que cree que para conocer el pasado y garantizar su verdad se necesita separar los datos de cualquier interpretación. Copiamos en cada relato particular el modelo de una historia nacional que se define en función del surgimiento y desarrollo del Estado, una entidad ubicada por encima del tiempo y de los hombres. Escribimos según el ritmo determinado por un tiempo lineal y progresivo que apunta hacia una misma finalidad: el progreso y la civilización, fin natural de la historia nacional. Y así, repitiendo los lineamientos de esa única historia, terminamos defendiendo nuestra particularidad, la de la nación y la de la tradición historiográfica, sin saber qué es exactamente lo que estamos defendiendo.

Por eso, para el caso de México me atrevo a repetir lo dicho por Hunt para los Estados Unidos: hace falta teoría. Y cuando digo “teoría” me refiero no a una entidad abstracta, alejada del mundo de lo dado, sino al acto mismo de interrogarse acerca de los propios presupuestos y acerca también de las condiciones de posibilidad según las cuales se constituye precisamente el mundo de lo dado. No es que demerite el valor de lo empírico ni que proponga el sometimiento forzoso de los sucesos a los dictados de algún precepto teórico, pero tampoco es posible negar que lo empírico se desarrolla dentro de una esfera delimitada teóricamente, que dependemos de un conjunto de presupuestos ontológicos y epistemológicos acerca de la naturaleza

de la realidad y el conocimiento humano, y que, como dice Judith Butler, “el análisis empírico en general no puede ofrecer una explicación persuasiva de su propia constitución como campo de investigación”.⁷

Hace falta teoría si queremos interrogarnos por lo que estamos haciendo, por el tipo de discurso que utilizamos, por los conceptos de que nos valemos y por el compromiso político que defendemos. Y es que la función teórica constituye un trabajo de crítica: frente a los significados dados por sentido; frente a los conceptos rígidos e incorpóreos; frente a las verdades fundacionales del conocimiento; frente a las formas de poder, de dominación y de violencia; y también frente a la historia nacional, la tradición y las instituciones desde donde producimos historias. La teoría es crítica sólo en la medida en que es capaz de enfrentarse al saber establecido negándose a aceptar como verdadero aquello que una autoridad dice que lo es. Por eso, porque estamos hablando de un ejercicio reflexivo y crítico, la disciplina histórica no puede pretender el cese de la teoría, y menos si se propone abrir nuevas modalidades de pensamiento y nuevas perspectivas que nos permitan ser gobernados de otra forma y por medio de otros procedimientos.⁸

LA MUJER Y EL GÉNERO

En los últimos años las historiadoras mexicanas se han preguntado por el feminismo y su historia, por la construcción social de lo masculino y lo femenino, y por las experiencias, prácticas y representa-

⁷ Judith Butler, “Conclusiones dinámicas” en Butler, Ernesto Laclau, Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2002, 274.

⁸ En palabras de Foucault la crítica sería “...el movimiento por el cual el sujeto se atribuye el derecho de interrogar a la verdad acerca de los efectos de poder y al poder acerca de sus discursos de verdad; la crítica será el arte de la inservidumbre voluntaria, de la indocilidad reflexiva”. “¿Qué es la crítica?” en *Sobre la Ilustración*, Madrid, Tecnos, 2004, 10-11. Traducción de Javier de la Higuera, Eduardo Bello y Antonio Campillo.

ciones de género en la historia mexicana, y para ello han tenido que enfrentarse a las corrientes predominantes en las instituciones.⁹ Sin duda, hoy abundan estudios particulares que ponen el acento en las condiciones de desigualdad entre hombres y mujeres, sin embargo, muy pocos de ellos han conseguido superar la fragmentación del caso para plantearse preguntas relativas a las formas de conocimiento. Eminentemente empíricos en la mayor parte de los casos, esos estudios responden, seguramente, a la urgencia social y política de hacer visibles a las mujeres, de rescatar del olvido sus voces, nombrándolas, reconociéndolas como actores sociales y políticos.¹⁰ Sin embargo y aunque responden a una urgencia de visibilidad, a estas alturas valdría la pena preguntarse si hoy esa tarea inicial no es resultado de la inercia de nuestras instituciones y de su resistencia a incorporar nuevos desarrollos teóricos.

Se dice por todas partes que, en cuestión de género, ha habido un cambio de prioridad, y que a partir de la década de 1990, el interés en rescatar la presencia femenina ha ido cediendo para dar prioridad a las relaciones de poder, al examen de las instituciones y al análisis de las categorías sociales de “hombre” y “mujer”. Se dice que en estos últimos diez años se ha pasado de la historia de las mujeres a la historia de género, lo mismo que sucedió en la academia norteamericana donde, según Joan Scott, historiadora especialmente conocida en México, el deseo de los ochenta de sacar a la luz la experiencia de las mujeres en un intento por escribir su historia,¹¹ cedió ante el interés por el género, una categoría de análisis que busca recuperar una postura

⁹ Véase al respecto Carmen Ramos Escandón (coord.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*, México, Instituto Mora, 1997; y de la misma autora “Quinientos años de olvido, historiografía e historia de la mujer en México”, *Secuencia*, Revista de Historia y Ciencias Sociales, Nueva época, núm. 36, 1996, 121-150.

¹⁰ Sobre la institucionalización de los estudios de género en México, véase Ana Lau “El nuevo movimiento feminista a fines del milenio” en Eli Bartra, Anna. Ma. Fernández y Ana Lau, *Feminismo en México, ayer y hoy*, México, UAM, 2000, 12-36. Véase también Gabriela Cano, “Más de un siglo de feminismo en México”, *Debate feminista*, vol. 14, octubre 1996, 345-360.

¹¹ Joan Scott, “El problema de la invisibilidad”, en Carmen Ramos Escandón (comp.), *Género e historia*, México, Instituto Mora, 1992.

crítica.¹² Si hoy Scott se pregunta hasta dónde el feminismo ha ganado o perdido después de que en los Estados Unidos se ha conseguido la institucionalización de los estudios de género y la posesión de una porción de la disciplina histórica, en México hace falta analizar si esa pregunta es pertinente. Sabemos que nuestra historia es distinta y que, pese a los avances, difícilmente podemos afirmar que el género haya conquistado una presencia institucional relevante. En este caso es difícil determinar bien a bien dónde estamos situadas, y si realmente las historiadoras interesadas en la perspectiva de género hemos pasado de la historia de las mujeres a la historia de género. En este sentido, varias historiadoras y feministas mexicanas reconocen la ausencia de reflexión teórica. Mary Goldsmith, por ejemplo, señala que en América Latina “los estudios de género y de la mujer se encuentran en otro momento; no obstante su aparente proliferación, estos estudios están todavía en una etapa inicial de corte más pragmático”; Teresita de Barbieri, por su parte, sostiene que en “los espacios académicos latinoamericanos los debates han sido más laterales, aunque no inexistentes. Problema que deberá ser analizado en el futuro”; y Elí Bartra no puede dejar de reconocer que es “probable que en algunas cuestiones nosotras, en México y América Latina, apenas vamos cuando ellas, en los Estados Unidos y Europa, ya vienen de regreso”.¹³

Sin que podamos determinar con precisión el por qué de la ausencia de debate, aquí nadamos “en aguas todavía mas revueltas” y así aseguramos estar colocadas dentro de una perspectiva de género aunque sigamos aferradas a la búsqueda de presencias femeninas. Insistimos en la necesidad de introducir las nuevas perspectivas, pero la tarea aceptada institucionalmente es aquella encaminada a definir

¹² Joan Scott, “la historia del feminismo” en María Teresa Fernández, Carmen Ramos y Susie Porter (coords.), *Orden social e identidad de género. México, siglos XIX y XX*, México, CIESAS, Universidad de Guadalajara, 2006.

¹³ Mary Goldsmith, “Feminismo e investigación social. Nadando en aguas revueltas”; “Teresita de Barbieri, “Acerca de las propuestas metodológicas feministas”; y Eli Bartra, “Presentación”, en Eli Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, PUEG, UNAM, 2002, 1998, pp. 54, 105 y 7 respectivamente.

una identidad de género. Reivindicamos una mirada otra desde la cual analizar los fenómenos políticos contemporáneos, pero resulta difícil explicar en qué consiste esa mirada. Nos congratulamos por los nuevos espacios institucionales, pero quién podría asegurar que exista una verdadera discusión académica. Esa es la cuestión. Se pretende una mirada distinta cuando no es posible decidirse por cuál es el punto de vista feminista. Se busca en el pasado las voces de las mujeres pero no se cuestiona la posibilidad misma de ese acceso. Se intenta un análisis minucioso de las distintas concepciones del mundo de las mujeres sin preguntarse siquiera qué sentido tiene ese análisis cuando aquellas se estructuran, como sucede con todo grupo subalterno, según el modelo dominante.

Es como si viviéramos dentro de un paréntesis que no distingue etapas, según dice Bartra refiriéndose al movimiento feminista mexicano: estamos pasando a una nueva etapa sin haber cumplido con los requisitos de la previa: de una etapa *prefeminista*, “aquella que ignora las diferencias jerárquicas entre hombres y mujeres”, hemos pasado a otra *posfeminista* en la que ya se ha “amasado lo combativo del movimiento feminista”, se ha alcanzado la institucionalización y han surgido feminismos “marginales” que cuestionan al “dominante”, y ello sin haber transitado por la etapa “plenamente feminista” en que se descubre la opresión y se lucha por la emancipación.¹⁴ Pero más allá de las etapas que Bartra distingue, su percepción es interesante en tanto que presenta, casi con una imagen, la manera ambigua y difusa cómo nos situamos frente a los saberes. La cita me habla de cómo en México hemos sido víctimas de las paradojas que engendra el choque violento entre los discursos; cómo la ausencia de reflexión nos ha hecho repetir confusamente esquemas ajenos a nuestras necesidades y nuestra historia. Y así sucede que repetimos sin distinguir las razones que nos llevan a seguir peleando por rescatar la presencia femenina, sin preguntarnos si basta con nombrar a las mujeres y hasta contar el número de renglones que los hombres usaron para referirse a ellas,

¹⁴ “Tres décadas de neofeminismo en México”, Bartra, Fernández y Lau, *Feminismo en México, ayer y hoy*, México, UAM, 2000, 53-54.

para que se transforme nuestra manera de mirar el mundo, si luchar por un espacio en los programas de estudio, en las disciplinas, en las instituciones universitarias, es suficiente para modificar la política universitaria. Tampoco nos hemos preguntado, junto con Scott, si la tarea de hacer visible lo invisible no nos ha llevado a crear presencias, identidades finales, de las cuales precisamente muchas queremos liberarnos.

Toda esta reflexión que surgió a partir de la preocupación de la historiografía mexicana de género por rescatar la presencia femenina en la historia, tiene en la mira una pregunta concreta por la escritura de la historia: ¿es que documentar las experiencias de las mujeres del pasado es suficiente para cambiar la forma de pensar y escribir la historia? Considero que la búsqueda de la visibilidad femenina –si algo así es posible– difícilmente puede por sí misma cuestionar la estructura de las viejas narrativas. Limitarse a añadir mujeres a la historia no resuelve el problema de la invisibilidad analítica de la mujer, y rescatar sus vidas no corrige el sesgo androcéntrico de los modelos explicativos. O para decirlo de forma todavía más contundente: aún con mujeres la historia oficial permanece inmovible. Y es que el problema no viene de la investigación empírica en sí, sino del nivel teórico y analítico de la disciplina, de las categorías disciplinarias que la organizan. A los estudios históricos de género se les puede aplicar lo mismo que Henrietta L. Moore detecta para una antropología feminista que se enfrenta “a una empresa mucho más compleja: remodelar y redefinir la teoría antropológica”.¹⁵

Por eso creo que más que hacer visibles a las mujeres, sería mejor volver productiva la invisibilidad histórica de lo femenino. Más que definir la identidad primaria de la mujer, haría falta criticar la categoría de identidad; y más que añorar una presencia perdida, habría que hacer de la perspectiva de género una herramienta útil para cuestionar las suposiciones de las disciplinas, algo que el feminismo estadounidense de los ochenta ya se había planteado aunque sin éxito. Lejos del binomio feminidad-mujeres, el género podría convertirse

¹⁵ Henrietta L. Moore. *Antropología y feminismo*, Madrid, Cátedra, 2004, 15.

en una categoría capaz de descentrar la narrativa, dislocar la historia oficial y mostrar las relaciones de poder-saber que la fundamentan. Lo femenino, en este caso, constituiría un elemento que forma parte de los sistemas discursivos mismos pero que simultáneamente los trastoca, algo que emerge justo en el momento en que se desarma la posibilidad misma del discurso. De ahí que la invisibilidad de lo femenino pueda tener el poder de trastocar las líneas oficiales de la historia.¹⁶

ENTRE LA HISTORIA Y EL GÉNERO

A lo largo del texto me he preguntado por la influencia que los estudios culturales y los estudios de género han tenido en la historiografía mexicana de años recientes. Por un lado, me he quejado porque los nuevos desarrollos teóricos entran a México a cuentagotas, y por otro, he dudado de lo imprescindible que esos estudios puedan ser para escribir nuestras historias. Reconozco que se trata de una postura ambigua considerando que por una parte propongo mirar hacia fuera en un intento por incluirnos en la discusión académica del centro, y por otra, reivindico una tradición propia y a través suyo marco una distancia frente al exterior. Pero tengo que reconocer también que esa ambigüedad no es personal, sino que forma parte constitutiva de un modo de ser institucional e, incluso, me atrevería a decir, nacional: de muchas maneras, seguimos debatiéndonos entre los dos polos que han caracterizado la discusión sobre la identidad nacional y que nos hacen repetir las líneas de la historia y el pensamiento europeos convirtiéndolas en el fundamento de una identidad nacional y, simultáneamente, nos hacen rechazarlas convencidos de la necesidad de reivindicar la singularidad de una tradición.¹⁷

¹⁶ Esta alternativa la plantean actualmente los estudios poscoloniales. Al respecto véase Gyan Prakash, "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism", *The American Historical Review*, núm. 99, 1994.

¹⁷ Un desarrollo más amplio sobre este tema puede encontrarse en Frida Gorbach, "Hysteria and History: a Meditation on Mexico" en *Social Text*, núm. 92, Duke University Press, 2007, 85-101

De esa ambigüedad lo que me interesa aquí es la pregunta por la manera cómo nos hemos reapropiado de las nuevas perspectivas teóricas. Puede ser que la discusión acerca de la identidad nacional se haya debatido entre la idea de imitar las líneas de un pensamiento que podría considerarse ajeno, o de negar, en aras de la tradición, cualquier posibilidad imitativa, pero lo importante aquí, considero, es saber si esos nuevos desarrollos teóricos nos han servido para formular cuestiones pertinentes a nuestra situación particular. Digamos que la pregunta es por los procesos de traducción cultural, esto es, por la forma cómo hemos conseguido que las categorías y los conceptos provenientes de los estudios culturales y los estudios de género estadounidenses pasen por el tamiz de “lo local”.

Pero ¿en qué consiste “lo local”? Pregunta demasiado grande, por lo que prefiero acercarme a ella desde una discusión aparentemente tangencial pero que en el fondo determina las reglas a las que estamos sometidos la mayoría de los historiadores mexicanos. Sucede que actualmente alrededor de 60% de los ingresos de los profesores depende de las políticas de evaluación institucional y de sus complejos sistemas de pago por méritos,¹⁸ y sucede también que las revistas norteamericanas y europeas tienen un estatus y una autoridad superiores que las de circulación nacional, por lo que se vuelve casi obligatorio publicar en inglés, en las redes de publicación centrales. Digo esto porque esa situación incita a la siguiente duda: ¿hasta dónde la apropiación que hacemos de la teoría producida en el centro responde en buena medida a las necesidades que imponen los mecanismos de evaluación institucional?

Difícil saberlo, pero lo que sí es fácil es encontrarnos de pronto haciendo hasta lo imposible por enmarcar los textos dentro del discurso académico de los centros, adaptándolos a sus exigencias, aunque éstas estén lejos de nuestros tiempos, de nuestros discursos y nuestra retórica, y de las discusiones que nos interesan y preocupan. Sin dar-

¹⁸ Imanol Ordorika, “El mercado en la academia”, en Imanol Ordorika (coord.), *La academia en jaque. Perspectivas políticas sobre la evaluación de la educación superior en México*, México, UNAM, Porrúa, 2004.

nos mayor cuenta, de repente somos víctimas de “las ironías de la construcción geopolítica del conocimiento” y publicamos historias particulares para que después algún historiador de los países centrales las teorice y nos las devuelva con el estatus de conocimiento establecido. Resulta así que como comunidades periféricas somos consumidoras del conocimiento central acerca de nosotras mismas.¹⁹

Sucede así que para reflexionar por la forma cómo nos apropiamos de las perspectivas centrales se vuelve necesario pensar “lo local” desde un lugar que no sea la dicotomía imitación/negación propia del debate nacional. Y es en esta búsqueda que, inevitablemente, aparecen los estudios poscoloniales, una perspectiva teórica que se ha desarrollado también en los países centrales y que a México ha entrado con una dificultad todavía mayor,²⁰ y que pone en el centro de la discusión los efectos que el eurocentrismo ha tenido sobre la escritura de la historia. Para Gyan Prakash, uno de sus principales exponentes, los estudios poscoloniales surgen, no como un mero tema de investigación, sino como una categoría analítica, como una fuerza crítica que busca revertir el eurocentrismo; de ahí que no sea suficiente criticar la trayectoria colonial de explotación y enriquecimiento que Occidente impuso al resto del mundo, sino que resulta necesario extender esa crítica al conocimiento disciplinario y especialmente al tipo de procedimientos que autoriza la disciplina de la historia.²¹

¹⁹ Y así resulta que una crítica al imperialismo tiene que ser primero articulada en el centro antes de poder convertirse en un proyecto aceptable para las comunidades periféricas. A. Zurrea Canagarajah, *A Geopolitics of Academic Writing*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2000, p. 237.

²⁰ Al respecto, Saurabh Dube, en una antología de estudios poscoloniales que publica El Colegio de México, se sorprende de que “el debate histórico y la crítica cultural en el mundo hispanohablante, en particular América latina, ha(ya) permanecido más o menos herméticos a estos desarrollos”. “Introducción”, Dube (coord.), *Pasados Poscoloniales*, México, El Colegio de México, 1999, 19. Según este autor, los únicos libros escritos sobre el tema son el de Silvia Rivera y Rossana Barragán (eds.) *Debates postcoloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, Bolivia, 1997, y el número 12 de la revista del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, *Historia y Gráfica*, 1999.

²¹ Gyan Prakash, “Subaltern Studies as Postcolonial Criticism”, *The American Historical Review*, núm. 99, 1994, p. 304.

En este sentido, Aníbal Quijano, un historiador peruano quien desde los años sesenta escribe sobre imperialismo, nacionalismo y dependencia en América Latina y a quien los estudios poscoloniales estadounidenses han sacado a la luz, propone pensar a América Latina a partir de una racionalidad, hoy mundialmente hegemónica, que articuló alrededor suyo todas las experiencias, las historias, los productos culturales, las subjetividades y las formas de conocimiento de los países colonizados. De acuerdo con él, dos mitos sostienen los fundamentos de esa racionalidad: “uno, la idea-imagen de la historia de la civilización humana como una trayectoria que parte de un estado de naturaleza y culmina en Europa. Y dos, otorgar sentido a las diferencias ente Europa y no-Europa como diferencias de naturaleza (racial) y no de historia de poder”.²² Hay que pensar a México y América Latina, nos dice, desde esa nueva perspectiva temporal de la historia que reubicó a los pueblos colonizados en el pasado de una trayectoria histórica cuya culminación es Europa (el evolucionismo) y, al mismo tiempo, que hizo de la raza, una supuesta estructura biológica que ubica a los unos en situación natural de inferioridad respecto a los otros, el eje fundamental de esa historia (dualismo).

Resulta entonces imposible separar la cuestión de “lo local” de esos dos mitos que colocaron en una situación de inferioridad natural a los países colonizados. Ante la fuerza de esa visión es imposible pensar nuestra historia fuera de esa plataforma del saber que Occidente impuso al resto del mundo y que ha definido la autoridad que domina el discurso de la historia. Resulta igualmente imposible pensar “lo local” como conformado por un contenido específico, distinto a las líneas de la narración maestra que se llama “la historia de Europa”.²³ Mejor dicho, “lo local” constituye una suerte de pliegue que habita las mismas estructuras de dominación, o una especie de velo a través del

²² Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, *Anuario Mariateguiano*, vol. ix, núm. 9, Lima, 1997.

²³ Al respecto véase Dipesh Chakrabarty, “La poscolonialidad y el artilugio de la Historia: ¿Quién habla en nombre de los pasados “indios”?” en Saurabh Dube (coord.), *Pasados coloniales*, México, El Colegio de México, 1999, 624. Traducción de Germán Franco Toriz.

cual esas estructuras se distorsionan. “Lo local”, entonces, podría definirse de la misma manera en que Quijano resume nuestra tragedia:

Aquí la tragedia es que todos hemos sido conducidos, sabiéndolo o no, queriéndolo o no, a ver y aceptar aquella imagen como nuestra y como perteneciente a nosotros solamente. De esta manera seguimos siendo lo que somos. Y como resultado no podemos nunca identificar nuestros verdaderos problemas, muchos menos resolverlos, a no ser de una manera parcial y distorsionada.²⁴

Desde esta perspectiva, no podemos seguir refugiándonos en la particularidad, relatando historias empíricas sin mayor conexión entre sí. Pues si de lo que se trata es de revertir el eurocentrismo, se vuelve indispensable reconocer los principios sobre los cuales la disciplina histórica se erige. Desde ese lugar, el trabajo de la historia no puede reducirse a mostrar una pluralidad multicultural ya que ello no neutraliza el discurso dominante, y la perspectiva de género, por su parte, no puede aparecer como una categoría más fundamental que otras como la raza, la clase o la nación.²⁵ Tanto la historia como el género necesitan cuestionar la autoridad del discurso histórico, replantear sus postulados teóricos y buscar la manera de superar la fragmentación propia de los estudios particulares planteándose preguntas generales relacionadas con las formas de producción del conocimiento.

Si la historia tiene como objetivo poner en situación, esto es, llevar los absolutos al terreno incierto de lo histórico, más que de pluralidad habría que hablar de antagonismo y analizar las prácticas de saber y poder, concretamente, las relaciones violentas, desiguales, solidarias,

²⁴ Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, *op. cit.*, p. 226.

²⁵ El problema es que cuando la diferencia sexual es presocial, inefable, aunque sea una estructura vacía, queda a salvo de la crítica debido a que se declara a sí mismo oficialmente como anterior a cualquier operación social. Butler, “Universalidades en competencia” en Butler, Laclau, Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, *op. cit.*, p. 150.

que nos enfrentan a unos contra otros. Si los estudios de género se proponen cambiar el modo como nos relacionamos socialmente, más que de género habría que teorizar acerca de cuáles son las intersecciones que se establecen entre las distintas clases de diferencias en cada situación particular. En lugar de buscar el significado de ser mujer, valdría descomponer las identidades enfrentándolas a lo singular y a lo excepcional, pues sólo de esta manera, la historia podrá demostrar que el género es una realidad social que siempre debe enmarcarse en un contexto determinado.²⁶ Visto así, “lo local” consistiría en una estrategia que nos permite reapropiarnos no sólo de la producción de conocimiento sino también de una historia de la que hemos sido excluidos. Como estrategia, “lo local” permitiría analizar las maneras cómo tiene lugar cierta conexión violenta entre discursos y conocer, a través de las mismas rupturas de la narratividad, las violencias fundacionales de una *episteme*. Esta sería, diría Butler, la tarea del traductor poscolonial.²⁷ De otra manera el discurso occidental seguirá siendo el que determine qué es historia y qué no, y las demás historias no serán otra cosa que historias secundarias las cuales existen como variaciones de una metanarrativa mayor, occidental y eurocéntrica.²⁸

BIBLIOGRAFÍA

- BARTRA, Eli, Anna Ma FERNÁNDEZ y Ana LAU, *Feminismo en México, ayer y hoy*, México, UAM, 2000.
- BARTRA, Eli, “Tres décadas de neofeminismo en México”, en: Eli Bartra, Anna Ma. Fernández y Ana Lau, *Feminismo en México, ayer y hoy*, México, UAM, 2000, 53-54.
- BARTRA, Eli (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, PUEG, UNAM, 2002, 1998.

²⁶ Moore, *Antropología y feminismo*, op. cit., p. 223.

²⁷ Butler retomando el planteamiento de Gayatri Chakravorty Spivak. “Reescenificación de lo universal: hegemonía y límites del formalismo” en Butler, Laclau, Žizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, op. cit., p. 44.

²⁸ Moore, p. 220.

- BUTLER, Judith, Ernesto LACLAU, Slavoj ŽIZEK, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2002.
- DE BARBIERI, Teresita, "Acerca de las propuestas metodológicas feministas" en Eli Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, PUEG, UNAM, 2002, 1998, 103-139.
- CANAGARAJAH, A. Zurres, *A Geopolitics of Academic Writing*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 2000.
- CHAKRABARTY, Dipesh, "La poscolonialidad y el artilugio de la Historia: ¿Quién habla en nombre de los pasados 'indios'?" en Saurabh Dube (coord.), *Pasados coloniales*, México, El Colegio de México, 1999, 623-658. Traducción de Germán Franco Toriz.
- CANO, Gabriela, "Más de un siglo de feminismo en México", *Debate feminista*, vol. 14, octubre 1996, 345-360.
- DUBE, Saurabh (coord.), *Pasados Poscoloniales*, México, El Colegio de México, 1999.
- FERNÁNDEZ, María Teresa, Carmen RAMOS y Susie PORTER (coords.), *Orden social e identidad de género. México, siglos XIX y XX*, México, CIESAS, Universidad de Guadalajara, 2006.
- FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1986.
- , *Sobre la Ilustración*, España, Tecnos, 2004. Traducción de Javier de la Higuera, Eduardo Bello y Antonio Campillo.
- CANCLINI GARCÍA, Néstor, *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995.
- GOLDSMITH, Mary, "Feminismo e investigación social. Nadando en aguas revueltas" en Eli Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, PUEG, UNAM, 2002, 35-62.
- GORBACH, Frida, "Hysteria and History: a Meditation on Mexico" en *Social Text*, núm. 92, Duke University Press, 2007, 85-101.
- Historia y Grafía*, núm.12, Universidad Iberoamericana, 1999.
- HUNT, Lynn, "History beyond Social Theory", en: David Caroll (editor), *The States of Theory*, Stanford, Stanford University Press, 1994, 95-111.
- HUNT, Lynn (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989.
- KOSELLECK, Reinhart, *histoire/Historia*, Madrid, Trotta, 2004. Traducción en introducción de Antonio Gómez Ramos.
- MOORE, Henrietta L., *Antropología y feminismo*, Madrid, Cátedra, 2004.

- ORDORIKA, Imanol, "El mercado en la academia", en: Imanol Ordorika (coord.) *La academia en jaque. Perspectivas políticas sobre la evaluación de la educación superior en México*, México, UNAM, Porrúa, 2004.
- PRAKASH, Gyan, "Sublateral Studies as Postcolonial Criticism", *The American Historical Review*, núm. 99, 1994.
- QUIJANO, Aníbal, "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", *Anuario Mariateguiano*, vol., IX, núm. 9, Lima, 1997.
- RIVERA, Silvia y Rossana BARRAGÁN (eds.) *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, Bolivia, 1997.
- SCOTT, Joan, "El problema de la invisibilidad" en Carmen Ramos Escandón (comp.), *Género e Historia: La historiografía sobre la mujer*, México, Instituto Mora, 1992.
- , "la historia del feminismo" en María Teresa Fernández, Carmen Ramos y Susie Porter (coords.), *Orden social e identidad de género. México, siglos XIX y XX*, México, CIESAS, Universidad de Guadalajara, 2006.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen (coord.), *Género e historia: La historiografía sobre la mujer*, México, Instituto Mora, 1997.
- , "Quinientos años de olvido, historiografía e historia de la mujer en México", *Secuencia*, Revista de Historia y Ciencias Sociales, Nueva época, núm. 36, 1996, 121-150.
- VALENZUELA ARCE, Juan Manuel (coord.), *Los estudios culturales en México*, México, CONACULTA y FCE, 2003.
- YÚDICE, George, "Tradiciones comparativas de estudios culturales: América Latina y los Estados Unidos", en *Alteridades*, México, UAM-I, núm. 5, 1993. Traducción de José Hernández Prado.
- ZERMEÑO, Guillermo, *La cultura moderna de la historia. Un aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

FECHA DE RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: 21 de diciembre de 2007

FECHA DE ACEPTACIÓN Y RECEPCIÓN DE LA VERSIÓN FINAL: 7 de febrero de 2008